

## CON MOTIVO DE UNOS PLANOS DEL GENERALIFE DE GRANADA

La cercanía de la Alhambra ha perjudicado al renombre de los jardines del Generalife. Se suele ir a ellos como apéndice de la visita al alcázar nazarí. En el gran número de estudios y publicaciones de todas clases dedicados a la Alhambra, cuando se cita al vecino Generalife suele ser al final, rápidamente, como de pasada, agotado ya el caudal de ditirambos y admiraciones. Si se exceptúan las páginas consagradas a su descripción en la *Guía de Granada*, de don Manuel Gómez-Moreno <sup>1</sup> y las brevísimas líneas de su hijo en el tomito de fotograbados del *Arte en España* <sup>2</sup>, nada, creemos, se ha escrito sobre el Generalife que merezca la pena de mencionarse. También los planos de sus jardines y pabellones, que se vienen copiando de unas en otras publicaciones, son esquemáticos, incompletos y erróneos.

Desde que en mayo de 1925 quedó unido el Generalife a la dirección de la Alhambra, las obras realizadas en él no han sido escasas: consolidación de muros, armaduras y cubiertas; derribo de construcciones parásitas, sin interés histórico ni importancia artística; excavación y arreglo de la antigua subida y de los patios bajos de entrada; ampliación de jardines; trazado de carreteras que conducen al pabellón sobre el Darro y a la Silla del Moro, etc. Todas estas obras han asegurado la conservación de los edificios y permiten formarse idea más exacta de lo que fué el Generalife en otros tiempos.

Bajo nuestra dirección, el delineante don Manuel López Bueno († 1939) — uno de estos granadinos modestos, concienzudos y laboriosos que atraídos por el palacio nazarí le consagran sus actividades y no saben vivir lejos de sus muros — hizo unos planos detallados y exactos del Generalife, y don Francisco Prieto Moreno, actual Arquitecto-Director de la Alhambra, los uti-

<sup>1</sup> *Guía de Granada*, por don Manuel Gómez-Moreno (Granada, 1892), pp. 164-174.

<sup>2</sup> *El Arte en España, Alhambra, II.* Cuarenta y ocho ilustraciones con texto de Manuel Gómez-Moreno (Barcelona), pp. 10-11.

lizó para una serie de excelentes dibujos, de los que forma parte la perspectiva cuya reproducción acompaña a estas líneas, y que permite formarse idea de la complejidad de niveles y disposiciones del jardín granadino. Planos y perspectivas fueron presentados por su autor a la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1936.

La «Huerta del Rey», el Generalife o Genalarifé, palabra que quiere decir, según Hernando de Baeza, «la más noble y subida de todas las huertas», es el complemento de la Alhambra. Está emplazado el Alcázar nazarí en una colina fuera de Granada, distante y próximo, al par, de la ciudad; su cerco de torres y murallas le protege, lo mismo de un posible y siempre temido ataque de las gentes que viven apiñadas en las angostas callejuelas de Granada y en las alquerías de sus alrededores, que de los enemigos lejanos que cualquier día pudieran aparecer tras las colinas que rodean la Vega. A los salones y miradores de la Alhambra los ruidos de Granada — próxima y lejana al mismo tiempo — llegan amortiguados por la distancia y el desnivel. El monarca vive vigilando a sus súbditos: desde lo alto de la colina roja, los ve circular por las calles y registra incluso el interior de muchas de sus casas, sin mezclarse a su existencia.

Pero la Alhambra es, a su vez, una pequeña ciudad poblada por familiares del monarca, funcionarios, servidores, menestrales y soldados. Cuando aquél sintiese deseos de soledad, o quisiera, como dice Luis del Mármol, «quitarse del tráfico y comunicación del pueblo escandaloso y amigo de novedades»<sup>1</sup>, saliendo por una puerta excusada cercana al Patio de los Leones y cruzando frente al Partal, llegaría a la puerta del recinto exterior, situada al pie de la torre que hoy llamamos de los Picos, y, atravesando luego el barranco, penetraría en el Generalife por un callejón pendiente y empedrado, entre dos altas tapias de argamasa, que conduce a dos patios pequeños, de modesta arquitectura. De forma análoga iba de la residencia palatina a sus magníficos jar-

<sup>1</sup> *Historia del rebelión y castigo de los moriscos del reino de Granada*, por Luis del Mármol Carvajal, segunda impresión (Madrid, 1797), I, p. 29.

dines el sultán de Túnez en el siglo XIV, por una calle entre altos muros, en compañía algunas veces de sus mujeres y de sus eunucos, según refiere un escritor contemporáneo. También Mustansir, cuenta Ibn Jaldūn, unió su palacio con los jardines de *Ra's al-tābiya* por dos largos muros paralelos de diez codos de altura, separados por un paso de este mismo ancho, aproximadamente, que protegían de miradas indiscretas al harem del sultán cuando iba a aquéllos<sup>1</sup>.

En el Generalife todo es sencillo e íntimo. No hay nada — arquitectura o naturaleza condicionada por la mano del hombre — que trate de asombrarnos con pretensiones de magnificencia o de monumentalidad. Todo se ha hecho para el puro goce de la contemplación individual. Hay patios y jardines de perspectivas limitadas, y miradores colocados con un arte incomparable, desde los cuales la vista se extiende por amplísimos horizontes. Abajo quedaba la Alhambra, con su vida oficial y su tumulto cortesano, y, más honda, la ciudad, que se dilataba en nuevos barrios, a medida que el dominio musulmán menguaba frente al empuje cristiano.

Pero el Generalife no debió satisfacer todavía el deseo de alejamiento y de contemplación de vastos panoramas de los dueños de Granada, y a mayor altura que aquél levantaron otros palacios. Del más elevado, el de Dār al-*arūsa*, hemos desenterrado restos considerables hace pocos años. Subióse a ellos el agua para crear huertas y jardines, llenar albercas y hacerla saltar en fuentes y surtidores, pero a costa de penosos y complicados artificios cuyo sostenimiento hubo de abandonarse pronto, cuando el reino granadino vivía con la angustia de su fatal y próxima extinción.

De todos esos vergeles que cubrieron las laderas y la meseta del Cerro del Sol, sólo queda el Generalife, que, con sus jardines y sus fuentes, en la renovación constante de las estaciones,

<sup>1</sup> Ibn Faḍl Allāh al-*Umarī*, *Masālik al-Aḥṣar fī Mamālik al-Amṣār*, I, *L'Afrique, moins l'Égypte*, traduit et annoté..... par Gaudefroy-Demombynes (París, 1927), pp. 117-118.

conserva una vida que a veces parece faltar a las salas vacías de la Alhambra.

Frente a otros jardines de aparato, lejanos en el tiempo y en el espacio de estos andaluces, en los que caben dilatados séquitos, pomposos desfiles, majestuosas comitivas, muchedumbres, en fin, éste del Generalife ha conservado su carácter de jardín individual: en sus paseos, en sus miradores, en sus estancias, hechas para el reposo y la contemplación, no caben más que un número muy reducido de gentes. Aun el acompañamiento, familiar y casero, de mujeres y eunucos, con los que iba a sus jardines el Sultán de Túnez en el siglo XIV, nos parece excesivo para éste de Granada.

¿Cómo sintieron la naturaleza y el paisaje los musulmanes andaluces? Algunos de nuestros arabistas debieran decírnoslo. Seguramente de manera bastante distinta a como hoy lo sentimos. Existen en los palacios granadinos una serie de miradores contruídos, creemos, con el solo objeto de la contemplación de más dilatados y espléndidos horizontes. Son estancias altas y pequeñas, de acceso poco visible, cuyos muros se abren por reducidos arcos de rica decoración, que enmarcan admirablemente el paisaje. Nos complace pensar que a la melancolía, al «dolorido sentir» del último monarca nazarí, contribuyera en mayor medida que la pérdida del poderío material y las riquezas y honores, que cualquiera de sus súbditos hubiera sabido llorar hondamente, el no poder volver a contemplar, desde los reducidos miradores de sus palacios, el milagro del paisaje granadino. Y la melancolía por esta pérdida sí que no serían capaces de sentirla muchos de sus antiguos gobernados.

Un almeriense nacido en el siglo XIII, Ibn Luyūn (681 = 1282 — 750 = 1349), en un poema sobre agricultura y jardinería, que permanece aún inédito en la Biblioteca de la Escuela de Estudios Arabes de Granada, nos ha dejado el programa virgiliano de una casa de campo, tal como se entendía en aquella época en Andalucía.

Algunos años antes de que lo escribiera, Muḥammad I Ibn

al-Ahmar había abierto el surco de la Acequia Real, transformando la reseca aridez de unos cerros pelados en la fecundidad magnífica del Generalife y de la Alhambra, hijos directos de las aguas del Darro.

Esa disposición que el almeriense Ibn Luyūn aconseja para las casas de campo es, algo ampliada, y con las variaciones impuestas por el relieve del suelo, la del Generalife <sup>1</sup>:

«En el lugar más elevado del jardín deberá construirse una casa, para facilitar su guarda y vigilancia. La orientación será hacia Mediodía, elevando algo el sitio donde vayan a emplazarse la alberca y el pozo. En lugar de este último será mejor construir una acequia que corra bajo la umbría de árboles y plantas. Cerca de ella se plantarán macizos, que estén siempre verdes, de todas las plantas que alegran la vista y, algo más apartadas, diversas variedades de flores y árboles de hoja perenne. Un cerco de viñas rodeará toda la finca y, en la parte central, emparrados darán sombra a caminos que encuadrarán los arriates. En el centro se ha de levantar, para las horas de reposo, un pabellón abierto por todos lados y rodeado por rosales trepadores, arrañanes y las diferentes flores que embellecen un jardín. Será más largo que ancho, para que la vista no se fatigue contemplándolo. En la parte más baja se dispondrá una nave de habitación para los huéspedes que hagan compañía al propietario; tendrá su puerta y una alberca que, oculta por un grupo de árboles, no podrá verse desde lejos. Convendrá, además, construir un palomar y una torrecilla habitable.»

La bella perspectiva de Prieto Moreno da buena idea de las disposiciones actuales del Generalife, aunque no de los grandes desniveles de las paratas de sus jardines, que parecen disminuídos en el dibujo por exigencias de éste. En la parte inferior se alcanza a ver un ángulo del primer patio al que se llegaba por el ca-

<sup>1</sup> Se publicó el texto árabe en la *Crestomatía árabe-española*, de Lerchundi y Simonet (Granada, 1881), pp. 136-137. Lo tradujo al francés — y de esta versión procede la nuestra — E. Lévi-Provençal, en su obra *L'Espagne musulmane au X<sup>ème</sup> siècle* (Paris, 1932), pp. 174-175.

llejón pendiente, encerrado entre altas tapias, que le daba entrada desde la Alhambra; después, un segundo patio; ambos, así como la subida, sin carácter monumental, obras sencillas, de tránsito. Cada uno tenía su puerta; otra existió en el arranque del camino de subida, frente a la Torre de los Picos, y aún encontramos nosotros los cimientos de otra que cortaba el callejón a media ladera.

En el frente del segundo patio se alza el cuerpo principal de construcción, indicado no sólo por su altura, sino también por el dintel de cerámica vidriada de su ingreso. Traspasado éste, se asciende por una escalera al Patio de la Acequia, parte la más importante del Generalife. A Mediodía de este cuerpo principal quedan algunas construcciones, rehechas con los escasos datos y restos subsistentes, y otras en cimientos: debieron pertenecer a locales de servicio, sin importancia decorativa. A esta parte es a la que se llega hoy por el famoso Paseo de los Cipreses, creación del siglo XIX <sup>1</sup>, que ha sustituido por una entrada de aparato, pero bellísima, la modesta y escondida de tiempos anteriores.

El aspecto actual del Patio de la Acequia es bastante diferente del que tuvo en la época árabe. Mucho menos recargado de construcciones, quedaba entonces más unido con los jardines que le rodean. El pabellón que le cierra a Mediodía, formaba su principal núcleo de edificación, como se dijo. Al otro extremo había un pabellón bastante más bajo, integrado por un pórtico, una sala alargada con sus alcobas tras él, y una torre saliente que se agregó con posterioridad, pero en época árabe, avanzando sobre el valle del Darro. Por orden de la Reina Católica levantáronse sobre este pabellón dos pisos y, más tarde, se le añadieron otras construcciones, que produjeron un desequilibrio en la composición, al quedar como edificio más importante el que cierra el patio a Norte en vez del meridional, y privaron a la galería y mirador alto de éste de la vista de parte de la ciudad y del valle del Darro que antes tuvo, como término lejano y fondo del Patio

<sup>1</sup> En el plano del Generalife, hecho hacia el año 1800, que se publica en la obra *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*, por Alexandre de Laborde (Paris, 1812), tomo segundo, no aparece aún el Paseo de los Cipreses.

de la Acequia. Otras construcciones posteriores, como la galería que limita ese patio a Poniente y la nave del frente E., han contribuido a desfigurarlo, lo mismo que el pórtico de dos cuerpos, construido de 1584 a 1586 <sup>1</sup>, que cierra a Norte el jardín alto. Y aún hoy, la impresión de pesadez, si se la compara con la ligereza y gracilidad de la disposición primitiva, no es tan grande como hasta hace pocos años por haber derribado nosotros la capilla, que ocultaba el mirador abierto en el centro del lado de Poniente del patio, y los dos cuerpos que flanqueaban la torre avanzada sobre el valle del Darro en el pabellón Norte, construcciones todas ellas mezquinas, modernas y desprovistas de interés artístico e histórico.

No quisiéramos que en las líneas anteriores se viera un deseo de derribar construcciones posteriores a las musulmanas para conseguir — vano empeño — un Generalife tal como estaba en el siglo XIV. Se ha demolido ya todo lo que podía desaparecer sin menoscabo de su monumentalidad y de su historia. Incluso el pabellón alto, aislado, obra de 1836 y que encontramos ruinoso, se reparó a pesar de las duras críticas de que ha sido objeto.

Una inscripción, en versos árabes, que se extiende por la faja de recuadro de los tres arcos de ingreso al salón del pabellón septentrional del Generalife, se refiere a una renovación de ese edificio y de sus adornos realizada en el año de la victoria, es decir, en el de un triunfo sobre los cristianos, que sería el que obtuvieron en el combate de Sierra Elvira, en 1319 <sup>2</sup>.

La inscripción alude también al monarca Ismā'īl, sin duda el 1º (1313-1324); las de los nichos abiertos en las jambas del triple arco nombran también a este mismo rey <sup>3</sup>. El Generalife ha de ser, pues, anterior a esa fecha, a la que tal vez corresponda la construcción de la torre avanzada sobre el Da-

<sup>1</sup> *Guía de Granada*, por don Manuel Gómez-Moreno, p. 173.

<sup>2</sup> *Inscripciones árabes de Granada*, por don Emilio Lafuente y Alcántara (Madrid, 1859), pp. 189-191.

<sup>3</sup> *Inscripciones árabes de la Alhambra y del Generalife*, por A. R. Nykl, apud *Crónica Arqueológica de la España musulmana*, IV (AL-ANDALUS, IV [1936]), pp. 193-194.

rro, cuyos muros cortan los balcones que primitivamente tuvo la sala.

En el pequeño mirador del lado de Poniente del Patio de la Acequia, reconstruido al derribar la capilla, se encontraron, bajo los paños de escayola que decoraban sus muros, otros, con adornos de pequeño tamaño, semejantes a los que se conservan en el mirador alto del Partal y en el ex convento de San Francisco, de la Alhambra. Muy imprecisa aún la cronología de bastantes de las decoraciones granadinas, así como de las construcciones que adornan, convendría hacer un estudio detallado de todas ellas, basándose en algunas que, como éstas del Generalife, parecen de fecha segura.

Es relativamente fácil distinguir en el Generalife las construcciones musulmanas de las posteriores cristianas, pero muy difícil llegar a determinar cuáles son las trazas que se conservan de sus jardines anteriores a la Reconquista. Tan sólo las descripciones antiguas nos pueden guiar en esa investigación y, singularmente, la detallada del embajador veneciano Andrea Navagiero, que visitó Granada en el año 1526, ya que ni Ibn Battūta ni al-'Umari, en sus referencias sobre la Granada del siglo XIV dicen nada del Generalife, y el alemán Münzer, que visitó el jardín granadino en 1494, tan sólo refiere haber visto cómo muchos operarios moros restauraban conforme a su estilo labores y pinturas, prueba de lo deteriorados que deberían estar estos edificios cuando la Reconquista (probablemente por el abandono y los daños causados por los terremotos), y de la solicitud de los Reyes Católicos en su conservación.

Describe Navagiero el Patio de la Acequia, poblado, como hoy, de arrayanes y naranjos, y otro «todo cubierto de verduras, en donde se ha hecho un prado con algunos vistosísimos árboles», que ha de ser el del Ciprés de la Sultana. Describe también otro «patio más bajo, y no muy grande, el cual está ceñido en derredor por unas yedras tan frondosas, que no se ve cosa alguna del muro, y tiene algunos balcones que miran hacia un peñasco, por debajo del cual, en lo hondo, corre el río Darro, ofreciendo una vista deleitosa y placentera». Este patio, en me-



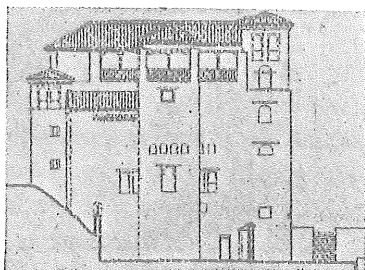
dio del cual «hay una grande y bellísima fuente con una gran taza, y por el caño de en medio sube el agua en alto más de diez brazas, arrojando gran caudal de ella», será el que está bajo la torre avanzada sobre el Darro, y que conserva su surtidor en el centro de una gran taza de fuente. Finalmente, encomia Nava-giero la escalera por cuyos costados, en alto, corre aún el agua hoy día: «En lo más alto de este sitio hay, dentro de un jardín, una hermosa y ancha escalera que sube a un pequeño llano, en donde, por cierta piedra que allí hay entra todo el golpe de agua que surte el palacio..... La escalera está hecha de modo que de cierto en cierto número de escalones tiene una meseta plana, en cuyo centro hay una concavidad en donde poder recoger el agua. También los pretiles que por ambos lados guarnecen la escalera tienen sus piedras ahuecadas por encima, como canales. En la altura en donde está el agua hay sus llaves por separado para cada parte adonde ha de correr; de manera que, cuando se quiere, dejan salir el agua, la cual corre por los canales que están en los pretiles. Según se quiere, se la hace entrar en las pilas que hay en las mesetas de la escalera, o correr toda junta; y asimismo, si se quisiese mayor cantidad de agua, se puede hacer que crezca tanto, que no puedan contenerla ni los canales de los pretiles ni las pilas de las mesetas; así que, derramándose por la escalera, quedan muy lavados todos sus escalones, y aún suele quedar mojado alguno que se pone allí, haciéndose de este modo varios juegos y burlas»<sup>1</sup>.

También cuenta el embajador veneciano que bajo la galería que cierra a Poniente el Patio de la Acequia se veían mirtos grandes, espesos y cortados tan por igual, que semejaban un verde e igualísimo prado.

Después de atender a la conservación del Generalife durante varios años, hubiéramos deseado consagrarle una monografía,

<sup>1</sup> *Descripción del reino de Granada bajo la dominación de los Naseritas*, por don Francisco Javier Simonet (Madrid, 1860), pp. 179-181; *Viajes por España de Jorge de Eingham, del Barón León de Rosmithal de Baina, de Francisco Guicciardini y de Andrés Navajero*. Traducidos, anotados y con una introducción por don Antonio M<sup>a</sup> Fabié, *Libros de Antaño*, VIII (Madrid, 1879).

incapaces de más alto homenaje. Pero la vida va de prisa y hay que atender al afán diario. Sirvan como testimonio de nuestra devoción por «la más noble y subida de todas las huertas» estas páginas desordenadas, escritas en torno a una lámina. — LEOPOLDO TORRES BALBÁS.



*Granada.* — Generalife. Frente N.  
del pabellón sobre el Darro.